

emprenda una distante campaña para someter á una facción de conocidas tendencias irreligiosas, y luego, en el preciso momento en que, merced á indecibles esfuerzos y sacrificios, se ha conseguido la victoria, se vuelva sencillamente á sus hogares bajo la simple aseveración de sus contrarios de que en realidad son gentes muy piadosas; si se considera semejante desatino, no se extrañará que al reflexionar tranquilamente el ejército de Alí, se manifestara el descontento general. Los mas íntimos de sus partidarios personales, como Malik, Ibn Abbas y Keis, no retiraron por eso su apoyo á Alí, aunque ellos eran los que debían estar mas irritados del giro dado á los acontecimientos; pero en cambio era muy peligroso el espíritu de las demás gentes de Kufa y de Basora. Aquellos en quienes inspiraba ante todo la altivez del árabe libre encontraban menguado que un representante del Profeta hubiese cedido ante un puñado de revoltosos porque le habían amenazado con la muerte, y hasta aquellos á cuyo intempestivo acceso de piedad se debía principalmente el lastimoso desenlace de la campaña, los «lectores» de Kufa, se convencieron también poco á poco de que Abu Muza, si bien compañero del Profeta, era un árbitro muy poco seguro, y que, en resumen, ellos mismos habían sido víctimas de un engaño de Moawiya y de Asch'ath. Pero en lugar de deducir de esto que habían cometido un grave error y proponerse observar mayor disciplina para el porvenir, se decidieron por rechazar ambos árbitros y exigir á Alí que prescindiese del convenio. A esto, naturalmente, no podía avenirse el califa, y la consecuencia fué que unos 12,000 hombres le abandonaron y emprendieron el regreso á Kufa separados del grueso del ejército. Componíanse de elementos muy heterogéneos los que efectuaron esta separación: además de cierto número de caracteres sospechosos que solo buscaban el desorden y la ocasión para el robo y el pillaje, había entre ellos partidarios sinceros de Alí que le habían negado su adhesión desde que pospuso su dignidad de califa á la conservación de su vida, entre ellos, por ejemplo, el mismo Schabath, á quien hemos visto tan decidido adversario de Moawiya; también multitud de beduinos, antiguos camaradas de las guerras persas, los cuales deseaban un soberano á lo menos enérgico, ya que se había de tener alguno, y á quienes Alí se había hecho despreciable con su débil proceder, y, por último, los mismos «lectores», que á la sazón querían por segunda vez hacer prevalecer el principio, aplicado ya prácticamente á Othman, de que el califa debía perder el cargo si obraba con impiedad ó si quebrantaba la palabra escrita, cuyo principio trataron también muy pronto de establecer teóricamente como máxima de fe. Como estaba en la naturaleza de las cosas que poco á poco se estableciera una igualdad de opiniones entre los coaligados, y como, además, tanto los «lectores» cuanto los representantes del beduinismo belicoso é independiente participaban de la misma fundamental apreciación democrática, en oposición á las pretensiones del califa á una obediencia incondicional, no hemos de extrañar que aquella gente llegara muy pronto al reconocimiento común de algunas máximas claramente formuladas, que les caracterizan como una secta religioso-política de tendencias puritanas. «La soberanía será objeto de deliberación después de la victoria; solo á Dios mismo se ha de tributar homenaje; mándase obrar bien y prohibese obrar mal.» esta debía ser la norma de conducta de los partidarios lógicos de la soberanía de la comunidad; «ninguna decisión fuera de la de Dios (1),» era su grito de guerra. Por lo pronto, aguardaron

(1) Así, pues, ningún arbitraje de hombres de pensamientos mundanos.

todavía ver cómo Alí se portaba en adelante con la palabra del Señor, porque las ideas del califa se acercaban á las suyas muchísimo mas que las del mundano Moawiya, y tal vez podría aun volver al sendero de Dios. Cuando las tropas irakesas llegaron á Kufa, acamparon los descontentos en Hararurá, aldea vecina; allí se les oía decir, empleando frases del Corán, que se habían separado de los impíos para «marchar por los caminos de Dios,» y de ahí que después se les llamara *jaridschitas*, «los que marchan (2).»

Si en los *jaridschitas* hemos de ver á los representantes del espíritu árabe islamita en lo que podríamos llamar su pureza abstracta, la oposición natural en que se presentaron frente á los partidarios personales de Alí debía dar por resultado que estos llegaran también á constituir un partido determinado, en el cual debían dominar muy pronto los conceptos panteístas persas y preparar desenvolvimientos religiosos y nacionales en los territorios apenas sometidos del Irak y de la Persia oriental. El «partido de Alí,» *Schi'at Alí*, se llamaba sencillamente á los que deseaban el enérgico ejercicio de la soberanía por el califa una vez elegido, y no la sumisión de éste á la fiscalización de la comunidad como pretendían los puritanos. En este partido formaban, en primer lugar, los verdaderos leales, como Malik y Keis; venían luego los que seguían á Alí como representante de la familia del Profeta, como su primo Ibn Abbas y los deudos de éste; después los partidarios de la enseñanza de Abdallah, hijo de Saba, cuya enseñanza tendía especialmente á la exaltación de la persona de Alí, y, por último, gran número de irakeses cuya antipatía contra los sirios y contra Moawiya los convertía en sus principales enemigos. Se comprende que este *Schi'at* del califa buscara razones contra aquellos que por cualquier motivo se habían apartado de Alí. Ahora bien, los persas, en cuyo país vivían y que formaban la mayoría, aun prescindiendo de esclavos y esclavas, de la población civil de las ciudades (3), estaban acostumbrados desde la época de su independencia á ser gobernados por una antigua y arraigada dinastía, y mucho tiempo antes del Islam, bajo la influencia de ideas panteístas que habían tomado de la India, se había propagado en extensos círculos el concepto de que el *Scháhanschah*, el poderoso gran rey del reino, era una personificación del espíritu divino (4), que pasando de padres á hijos animaba al linaje de los soberanos. Por lo mismo, un jefe del Estado electivo era un desatino para un persa, y aun después de hecho muslim, no podía concebir que tuviera que buscar á su legítimo soberano fuera de los descendientes del Profeta. Desde luego salta á la vista cuán recomendable debía ser semejante apreciación para los árabes que, por su parte, estaban al lado de Alí por otros motivos, y cuán fácil era que en un momento dado se fundieran persianismo y siismo. Por de pronto solo estaban ambos en comunicación mediata, y los individuos del *Schi'at* y los siitas, «partidarios,» no eran mas que el «partido de Alí.»

A la sazón apenas era perceptible el antagonismo entre *jaridschitas* y siitas, no habiendo aun perdido Alí la esperanza de ganar á los primeros otra vez para su causa y encontrándose todavía entre ellos algunos de los que hasta allí habían sido partidarios acérrimos suyos. Parece que les ha-

(2) *Jaridsch* es árabe y significa «saliendo, marchando,» y por lo mismo, *jaridschi*, «el que forma parte de los que salen, de los que marchan.»

(3) Tenemos testimonio positivo de que en la época de Alí se hablaba persa en el mercado de Kufa.

(4) Es sabida la significación que tiene en la religión budhista el dogma de la encarnación, Dios hecho hombre. El Lama, soberano del Tibet, es considerado aun hoy día como una personificación del Altísimo.

bia prometido que en muy corto plazo rompería el convenio y marcharía de nuevo contra Moawiya, pues ciertamente debía haber perdido hacia tiempo toda ilusión acerca del resultado del arbitraje. De todos modos, regresaron pasado algun tiempo á sus acostumbrados cuarteles de Kufa. Pero entre ellos debieron de celebrarse convenios secretos, probablemente á causa de la insistencia cada día mas desemejante de los mas consecuentes, viéndose obligado Alí á renegar de sus ideas públicamente para evitar disensiones. A pesar de esto, la mayoría permaneció allí, pero el verdadero núcleo del partido, los honrados fanáticos de los principios puritanos, se separaron entonces definitivamente del indigno, que ya no podía impedir que la causa de Dios marchara por caminos tortuosos é impíos, abandonaron á Kufa y marcharon al través de la Mesopotamia, pasando el Tigris, á Nachrawan, población situada al Norte de la que luego fué Bagdad, donde acamparon, y hasta llegaron á elegir un califa propio en la persona de Abdallah Ibn Waschb (10 Schawwal 37 = 21 marzo 658). Como entretanto se mantuvieran tranquilos, no los molestó el califa, que precisamente entonces aguardaba el fallo del arbitraje. De conformidad con el convenio, se presentaron Amr y Abu Muza en Dumat El-Schandal en el mes de Ramadan del año 37 y dieron principio á sus deliberaciones en medio de un círculo de personas de consideración, como Ibn Abbas, Abdallah, hijo de Omar, Abderrahman, hijo de Abu Bekr, y otros, que acaso creyeron posible tener que representar allí algun papel ó velar por la justicia ó sacar de ello alguna ventaja: representación de la comunidad musulmica cuya calidad se destacaba en modo desfavorable para el círculo de los antiguos medineses, los cuales, por lo general, se mantuvieron retraídos, reconociendo prudentemente que desde la muerte de Othman no les tocaba figurar en primera línea. El diálogo entre Amr y Abu Muza debió de ser muy rogocido; bajo el cortés pretexto de: «Tú eres de mas edad que yo, tú eres de los mas íntimos compañeros del Profeta,» y «ruégote que manifiestes primero tu opinión,» consiguió el astuto Amr que hablara primero su menos sagaz colega, dispuesto en todo momento á caer sobre su adversario al menor descuido de éste. No es creible que Abu Muza, sobornado acaso por Moawiya, se dejara coger á sabiendas en el lazo que luego le tendió Amr: esto lo contradice su conducta posterior. Su deseo ante todo era hacer pagar á Alí su destitución del elevado cargo que había ocupado en Kufa, y por eso se había manifestado tan propicio á representar el papel de árbitro; pero estaba muy lejos de su ánimo hacer que fuera su soberano Moawiya, cuyo modo de ser mundano é impío debía también repugnar al antiguo compañero del Profeta. Así, propuso á Amr toda clase de candidatos, que podían ser nombrados en lugar de los dos adversarios. Como es natural, no convenía á Amr en manera alguna avenirse á esto, pero logró, por último, que el viejo charlatan manifestara, como su opinión definitiva, que se debían declarar indignos del califato tanto á Alí como á Moawiya y dejar á la comunidad la elección de un sucesor. Probablemente Abu Muza creía ejercer en ésta alguna influencia, lo cual su vanidad le hacía esperar como cosa natural; pero el resultado fué distinto. Amr se manifestó sumamente satisfecho de la sabia opinión del compañero de Mahoma, y le rogó que á nombre de los árbitros la anunciara al pueblo reunido. Así lo hizo Muza: después de un hermoso discurso sobre el conflicto que atravesaba la comunidad, manifestó que el acuerdo unánime de los árbitros era que se debían considerar como nulas las pretensiones de ambos adversarios, y concluyó solemnemente: «Así declaro yo á Alí y á Moawiya indignos de la soberanía; pero vosotros haced uso de vuestro derecho y ele-

gido soberano sobre vosotros al que considereis digno de ello.» En seguida subió Amr al púlpito y dijo: «Ya habeis oído lo que él ha dicho y cómo ha declarado que su hombre ha incurrido en la pérdida de la soberanía; á éste declaro yo también destituido, como él le ha declarado destituido, y confirmo en su dignidad á mi hombre, á Moawiya, porque es el pariente de Othman, el vengador de su sangre y el mas digno de su sucesión.» Podemos figurarnos la estupefacción de los oyentes, el descontento de los amigos de Alí, y muy especialmente la indignación del burlado Abu Muza. Este prorumpió en censuras vehementes y en alta voz contra el ardid de Amr, á quien apostrofó con este versículo del Corán (7, 175): «Tú te pareces á un perro que saca la lengua cuando le persiguen y que la saca también cuando se le deja en paz (1).» Amr conocía también el Corán, si bien no se guiaba por él, y con su acostumbrada oportunidad repuso (62, 5): «Y tú te pareces á un asno cargado de libros (2).» Desgraciadamente ambos tenían razón. Poco faltó para que Abu Muza no escapara con bien; los sirios querían apoderarse de su persona para que no divulgara el engaño practicado con motivo del arbitraje, y con dificultad logró llegar en seguridad á la Meca. Con esto quedó desautorizado y no volvió á representar ningun papel público.

A la verdad, fuera de las manifestaciones oficiales de los sirios, en ninguna parte se tomó en serio la farsa de Dumat; á lo sumo sirvió de pretexto á los de Medina para mantenerse neutrales. Pero mientras Moawiya se hacía prestar homenaje como califa en todas las poblaciones de su provincia, no le quedaba á Alí mas remedio que emprender de nuevo la campaña contra Siria. Procuró otra vez volver á ganar á los *jaridschitas*, á los cuales hizo saber que los árbitros no habían cumplido su cometido de conformidad con la palabra de Dios, volviendo todo, por lo mismo, á su antiguo ser y estado, y que él se preparaba contra el enemigo común y esperaba que tomaran parte también esta vez en la guerra. Era ya tarde; los *jaridschitas* habían elegido su califa y respondieron, con justicia bajo su punto de vista, que todo el celo de Alí solo iba encaminado á su propia causa y no á la de Dios, y que si él mismo no confesaba que había caído en la incredulidad y manifestaba verdadero arrepentimiento, debían seguir rechazándole. Con esto quedaron terminadas las negociaciones; aun cuando el mismo Alí hubiese querido conformarse con tan lastimosa confesión, no podía hacerlo á causa de su *Schi'at*, con el cual se habría perjudicado mas que cuanto podía ganar con los *jaridschitas*. Así, se disponía á marchar á la Siria sin ellos, pero sus propias gentes se negaron á seguirle, dando por razón que no se podía abandonar el país mientras los sediciosos tuviesen en él libertad de acción, pudiendo, por lo mismo, causar grave trastorno impunemente después de la salida de las tropas. Si hubiésemos de juzgar por el concepto que nos merece el vocero que hizo valer esta opinión, Asch'ath Ibn Keis, nos debería parecer sospechosa; sin embargo, todas las noticias están contestes en que efectivamente los *jaridschitas* procuraban entonces extenderse por los alrededores de Nachrawan y hacer propaganda en favor de su doctrina. Como consecuentes fanáticos, mostráronse dispuestos, desde el primer momento, á todo acto de violencia: todos los que hallaban en su camino eran obligados á renegar solemnemente de Othman y de Alí

(1) Comparación de un hombre que hundido en la impiedad y en la vida mundana se cuida tan poco de la revelación como un perro, al que le cuelga la lengua de cansancio y sed, de los que le rodean.

(2) Esta frase fué aplicada primitivamente á los judíos, que poseían una revelación divina en los libros de Moisés pero que no se cuidaban de su verdadero sentido.

y a maldecirlos, y si se negaban á ello, se les mataba sin mas preliminares. Es evidente que esto no podia soportarse mucho tiempo; el ejército que se habia preparado para la campaña siria torció el camino y pronto estuvo ante los sediciosos en Nachrawan. Las negociaciones pacíficas que de nuevo intentó Alí, mas bien que la impresion causada por la superioridad de sus fuerzas, lograron que la mayoría de los contrarios se marchara de allí y se dispersara por los distritos vecinos de la Persia y del Irak; solo permanecieron tenaces 1,800, que, despues de una corta lucha, fueron aniquilados hasta el último hombre (9 Safar 38=17 julio 658).

Por insignificante que fuera este suceso bajo el punto de vista puramente militar, tuvo las mas graves consecuencias para Alí. La muerte de mártires de sus fanáticos compañeros fué para los jaridschitas, que se habian refugiado en las provincias vecinas, un estímulo para hacer nuevos esfuerzos «en los caminos de Dios,» y se agitaron entonces cautelosamente, en especial entre las poblaciones rurales del Chusistan y del Farsistan (1), que ya estaban bastante descontentas de la opresion del sistema tributario árabe. De esta suerte prepararon un desenvolvimiento de la secta que durante mas de un siglo dió quehacer á casi todos los gobiernos, y ya en el invierno de 658 (38) el Chusistan y el Farsistan molestaron bastante á Alí con una serie de pequeñas revueltas en el Irak meridional. Ciertamente sus destacamentos lograron arrojar de todas partes á los sediciosos, y que Siyad, hijo de Sumaiya (2), supo, como lugarteniente del Farsistan, excitar con gran sagacidad á los varios cabecillas unos contra otros, en parte con el cebo de promesas, y restablecer la tranquilidad en plazo relativamente corto (39=659); pero estos sucesos contribuyeron en gran parte á diseminar las fuerzas del califa cuando mas que nunca necesitaba reconcentrarlas. Además, la expedicion contra Nachrawan tuvo un funesto epílogo. Los de Kufa, ante la perspectiva de la pesada marcha desde la orilla oriental del Tigris hasta la Siria, en el rigor del verano, manifestaron que habian trabajado bastante aquel año, y ningun género de observaciones pudo moverles á perseverar en la empresa, decidida ya definitivamente y que además era de inevitable necesidad. Tal vez influyeron tambien en esto intrigas traidoras, pero el motivo principal de la insubordinacion estaba en lo muy debilitada que habia quedado la autoridad de Alí á causa de lo ya sucedido. Los beduinos, tan cándidos é irreflexivos todavia en lo político como en tiempo de sus guerras con el Profeta, á pesar de su aptitud para la guerra, no tuvieron presente que con un enemigo que procedia tan consecuentemente como Moawiya era indispensable un rápido y poderoso esfuerzo para no malograr el éxito; lo mismo que antes, no estaban dispuestos á obedecer ciegamente las órdenes del califa, y así no se puso en práctica lo único que todavia hubiese podido salvar á Alí, pues ya otra grande pérdida habia destruido en perjuicio suyo el equilibrio de los medios de fuerza exteriores.

Al encargarse Mohammed Ibn Abí Bekr de la administracion del Egipto (36=656) fué muy especialmente advertido por su antecesor Keis Ibn Sa'ad acerca de la inseguridad de la situacion y de la conducta prudente que por necesidad debia observar con las gentes de Harbitá. Sin embargo, aquel hombre valiente y enérgico, pero de limitados alcances y terco, envió contra ellas unos 2,000 hombres, que fueron completamente derrotados. Este descalabro del lugarteniente de Alí fué, para todos los que en Egipto estaban secretamente adictos á Amr ó á Moawiya, la señal de la rebelion

(1) Farsistan es la Persis, el antiguo territorio primitivo de los Aqueménidas; Chusistan está situado entre Farsistan y el Irak meridional.

(2) De él se hablará despues detalladamente.

que puso en grave apuro á Mohammed. El califa vió que éste no estaba á la altura de su mision, y envió á Egipto, poco tiempo despues de la batalla de Siffin (37=657-58), al hombre de su mayor confianza, Malik El-Ashtar. Desgraciadamente Moawiya tuvo noticia de este nombramiento, y logró sobornar por medio de sus partidarios de Egipto al recaudador de impuestos de Kolsum (3), con la promesa de darle durante su vida los rendimientos de aquella poblacion, para que cuando llegara allí Malik se deshiciere de él; y en efecto, el traidor le mató dándole veneno en una bebida preparada con miel, de cuyas resultas murió lastimosamente aquel valiente guerrero. Al propio tiempo penetró Amr desde la Siria en el país, y Mohammed, abandonado por el mayor número de sus partidarios despues de la derrota de su teniente, fué apresado en la fuga y muerto (38=658) cuando ya Amr habia entrado vencedor en Fostat. Habia, pues, conseguido el viejo zorro el objetivo de su vida, y segun lo pactado con Moawiya, se instaló como en casa propia en su provincia favorita, cuya administracion dirigió sin notables incidentes hasta el fin de sus dias. Queriendo pasar tranquilamente sus últimos años, no se aventuró en nuevas empresas hácia el Occidente, aun despues de que Moawiya fué reconocido en todas partes. Murió el 1.º Schawwal del año 43 (6 de enero de 664), con tales remordimientos, segun refiere la tradicion, que le presentaban muy oscuro su porvenir en la otra vida. Lo habia merecido justamente: hombre de talento, decidor y extraordinariamente astuto, y, al propio tiempo, como general, si no un genio, á lo menos capaz y afortunado, no tuvo nunca mas objeto que su interés personal. Por mas que la historia de su vida esté llena de los mas regocijados episodios, y por mas que no se puedan admirar suficientemente su inventiva y su profundo conocimiento de los hombres en todas aquellas ocasiones en que sus geniales astucias cambiaban de súbito, á pesar de todo lo imaginable, el aspecto de los sucesos, subsisten siempre, en alto grado repulsivos, su egoismo verdaderamente cínico y su completa incapacidad para dejarse influir por lo noble y lo verdadero. No obstante esto, es un ejemplar tan notable y en su género tan clásico del verdadero árabe, que casi teme uno aparecer como un ente vulgar al sentirse obligado á calificarle de abominable.

La pérdida del Egipto fué un duro golpe para Alí. Además de los ingresos de aquel rico país, tenia ya Moawiya su flanco derecho libre y podia sin temor alguno emprender la ofensiva. Pronto se presentaron partidas sueltas sirias en todas direcciones, en la Mesopotamia, en Medina y en la Meca; hasta la Arabia meridional habian llegado á causar molestias las tropas de Moawiya. Durante mas de dos años (38-40=658-660) se estuvo luchando en todas las provincias; la Meca y Medina, cuyos habitantes se mantuvieron indiferentes con ambos pretendientes, cambiaron mas de una vez de señor, y los distritos fronterizos fueron los mas castigados. A pesar de todo, Alí resistia bien; mientras que le fué posible poner en movimiento á los de Kufa, no cesó de enviar nuevas expediciones, logrando hacer en los últimos tiempos progresos de alguna importancia en la Arabia. Pero el viernes 15 de Ramadan del año 40 (22 enero 661), precisamente al dirigirse el califa á la mezquita de Kufa para presidir el servicio divino, cayeron sobre él con sus espadas tres jaridschitas (4), y uno de ellos, Ibn Mudscham, le infi-

(3) Es la antigua Klysmá, hoy Suez.

(4) Con motivo de una aseveracion en la elegía de uno de los mas fieles partidarios de Alí y relacionándola con la narracion de un cronista sirio coetáneo, Ranke (*Historia Universal*, V. 1, 170) parece inclinarse á que el asesino habia sido pagado por Moawiya. Pero yo no lo creo: los omniadas, como es natural, no ocultaron su regocijo á causa

rió una herida mortal en el cráneo, de cuyas resultas murió dos dias despues (domingo 17 Ramadan del año 40=24 de enero de 661), víctima como sus dos antecesores en el ejercicio de su cargo de soberano. Alí fué en todo precisamente lo contrario de sus dos enemigos Amr y Moawiya: sincero muslim, partidario y amigo del Profeta, de lealtad nunca desmentida, carácter honrado y, á lo que parece, entusiasta, poeta y orador de talento y guerrero de temible arrojo, si bien no poseyó lo que su época le exigia, ó sean las enérgicas cualidades de soberano y el golpe de vista político. Lo peor de todo era que aquel denodado guerrero, fuerte en la batalla, carecia en todo otro sitio de la mas vulgar decision, y como mientras vivió su esposa Fátima, hija del Profeta, estuvo supeditado á su influencia, no supo despues dar pruebas de propia iniciativa. Así, sucedió que tuvo que expiar amargamente la mas funesta falta de su vida, que arroja una sombra sobre su carácter moral, irreprochable bajo todo otro concepto: la tolerancia del asesinato de Othman. Faltando al deber de la lealtad para con su desgraciado cuñado, que fué mal gobernante pero siempre su legítimo soberano desde que recibió su homenaje, se colocó en el terreno impuro y resbaladizo de la política mundana, en el cual su natural cándido de poeta y de soldado no podia prevalecer contra

del hecho, y, por lo mismo, es muy posible que un poeta, dejándose llevar de su encono, hablara de complicidad cuando tal vez solo él la sospechaba. Moawiya, sin embargo, estaba lejos del lugar del suceso. No es que Moawiya no fuera capaz del hecho, pero si en efecto pesaba en su conciencia como el asesinato de Ashtar, seguramente que la tradicion, que habla de él todo lo mal que puede, no habria dejado de atribuirle el crimen. Ahora bien, ésta designa sin reparo á Ibn Mudscham como jaridschita y así debia serlo notoriamente. En cambio, no hay duda de que debe ser heroseamiento legendario que se refiera que Ibn Mudscham se habia juramentado con otros dos para matar en un mismo dia á los tres malvados, Alí, Moawiya y Amr, cuya ambicion destrozaba á la comunidad islamita, suerte á la que, segun se dice, escaparon los dos últimos casualmente

personas como Amr y Moawiya. En aquel terreno no era mas que una medianía, solo á medias hizo las cosas desde entonces, y puede decirse que con su triste fin expió su falta. El desenvolvimiento ulterior de la historia islamita ha dado por resultado que su persona aparezca hasta el dia de hoy á todo muslim como transfigurada por un rayo de luz. Así como nadie piensa ya en su fealdad física (1), hace ya muchísimo tiempo que se ha olvidado su participacion en la catástrofe de Othman. En todos los países mahometanos se le venera como héroe, poeta y sabio; sus propias poesias y sentencias se han perdido ya en su mayor parte, pero se le han atribuido muchas otras que gozan de la mayor predileccion, y además una mitad de la comunidad islamita venera en él, casi mas que en el mismo Profeta, al santo mártir de immaculada pureza y de la mas elevada nobleza de alma que precisamente los pueblos de predisposicion idealista suelen formarse como prototipo simbólico, por decirlo así, de sus mas elevados sentimientos religiosos. Su feliz rival sometió á su ley con astucia y sagacidad un extenso imperio, y con conciencia de su poder soberano é inteligencia reflexiva lo gobernó mucho mejor que Alí hubiera jamás podido hacerlo; pero á los ojos de los persas, pisoteados por los árabes de Moawiya, su adversario se transfiguró por lo mismo en el mas noble de los hombres, y aun hoy juran por su nombre los siitas. Por eso, el último de los califas legítimos, con el cual termina la época patriarcal del Islam, es la figura que todo lo domina, en primer término, en la nueva época, destinada á continuar el desarrollo de la nacionalidad y de la religion de los árabes en manera no sospechada, por medio de las transformaciones debidas á la coincidencia exterior con elementos extraños, especialmente persas, y á las influencias interiores.

(1) Era, como por extraña coincidencia tambien su adversario Moawiya, casi monstruosamente grueso, á pesar de su agilidad en la guerra.